

CRÓNICA CIENTÍFICA Y LITERARIA.



VARIEDADES.

Un inglés, hombre de buen humor y de espíritu satírico, publicó hace pocos años un escrito intitulado: *Inconvenientes de los nervios*. En él pretendía probar que los nervios no nos fueran dados por la naturaleza, sino introducidos por algunos maléficos novadores; que no es cierto que proceden del cerebro, pues hay personas que carecen de este órgano, y que sin embargo padecen espasmos y convulsiones; que su introducción es contemporánea de la del té y los licores fermentados, en fin, que nuestros abuelos eran demasiado sencillos, pacíficos y sóbrios para que se pueda creer que tenían sistema nervioso; siendo así que sabemos parecían de todos los refinamientos, de todos los goces, de todas las delicadezas propagadas en la especie humana, desde que aquel sistema dirige nuestras acciones, é influye tan eficazmente en nuestra salud. Esta chanza encierra una verdad fisiológico-moral, desenvuelta algo más filosóficamente en un folleto publicado recientemente por el doctor W*** médico de la Universidad de Vilna. Empieza probando la dificultad de determinar las partes del sistema nervioso que la sensación afecta primordialmente. "No solo (dice) los nervios están fuera del alcance del examen ocular durante la vida, sino es que hay motivos para creer que aquellas partes son demasiado sutiles para que ninguno de nuestras sentidos las perciba. No debemos pues aspirar á descubrir las por medio de una observación directa, sino es más bien estudiando los casos en que de resultas de un accidente, de una enfermedad ó de una conformación viciosa, padece pérdida ó alteración alguna parte del sistema: deben también considerarse aquellos casos en que esta falta ó modificación se verifica sin que se extinga la sensibilidad, porque no podemos dudar de la verdad de este principio: si una porción del sistema nervioso puede destruirse sin que se altere la facultad de sentir, aquella parte no es necesaria para la sensación." En seguida refiere el autor varios ejemplos de alteraciones notabilísimas en el cerebro, como tumores que ocupaban una tercera parte de la sustancia del hemisferio derecho, cavidades

profundas en el mismo órgano y perforaciones transversales por el ventrículo lateral hasta el hueso occipital. De estos accidentes y otros muchos citados por autores no menos respetables, infiere el Dr. W*** que la totalidad del cerebro no es necesaria para producir la sensación, y por consiguiente que hay partes del cerebro que pueden destruirse totalmente, sin que por esto se deje de sentir y percibir. Tras otras investigaciones no menos curiosas sobre la correspondencia entre el cerebro y los nervios, el autor examina las causas que contribuyen á desarreglarlos, y en esta parte estamos seguros que las damas no abrazarán algunas de sus opiniones. Se atreve á decir que el uso immoderado del baile, que la ropa demasiado ceñida y la frecuencia de los espectáculos, imprimiendo fuertes sacudimientos á los nervios, motivan muchos de sus achaques. Tampoco gustarán ciertas gentes de saber que los licores espirituosos atacan violentamente la sensibilidad, y que las oscilaciones del ánimo cuando se interesa vivamente en las diversas suertes de los juegos de azar, dan una agitación nerviosa que predispone á indisposiciones más graves. El doctor pasa más adelante con sus severas decisiones, y asegura que la melancolía, esta fuente de todas las bellezas poéticas de la escuela moderna, esta concentración de todas nuestras facultades, como dice madama Stael, no es otra cosa que una enfermedad. ¿Quién lo diría! ¿Con que los autores de tantos dramas morales, de tantas tragedias risibles, de tantas comedias lloronas, de tantas novelas sentimentales, son más acreedores á un parche de cantáridas que á el laurel poético? Mucho trabajo costará hacer creer á la mayor parte de los literatos modernos que las Malvinas, las Matildes, las Corinas, y otras tantas heroínas romanescas, no son otra cosa que producciones de un cerebro descompasado. *Aegri somnia pava.*

— A propósito de estas últimas reflexiones, diremos dos palabras sobre las novelas más acreditadas del día. ¿No podremos saber por qué los escritores que se consagran á las obras de pura imaginación han renunciado á la agradable empresa de hacernos reír? Parece que se degrada el carácter de un escritor si procura excitar la risa, y que es más

cho mas noble fastidiar al lector con triviales moralidades, ó atormentarlo con la narracion de catástrofes y desyenturas. Deseariamos saber si la risa es incompatible con los progresos de la ilustracion, y sino es lícito de cuando en cuando bajar de la altura de las graves especulaciones para tomar alguna parte en la representacion de tal cual defecto ridiculo ó contraste grotesco. Esta insípida gravedad, esta misteriosa lobreguez, introducida modernamente en la literatura, nos parecen plantas exóticas en el Parnaso español, producciones poco análogas á nuestras costumbres y aun á nuestro idioma. Cervantes lo ha inmortalizado con su festiva narracion que respira en todas sus partes jocosidad sin chocarrería; y como dicen los editores de la revista de Edimburgo, aquella percepcion intuitiva de las ocultas analogias de las cosas que puede llamarse el instinto de la imaginacion. Cuando el ánimo quiere poner un intervalo entre ocupaciones graves, ó suavizar los golpes de la pesadumbre, juzgamos que será mas eficaz un refran de Sancho Panza, una aventura de Gil Blas, ó una cuarteta del Don Quixote, que las frias atrocidades del Perro de Montargis, la insuportable perfeccion de Clara Harlowe, y las espantosas tinieblas del castillo de Strathnavern.

¿Quién se fiará de ahora en adelante en la solidez de las reputaciones literarias? ¿Quién asegurará la estabilidad de los sistemas científicos? Estos se elevan y prosperan, y se eclipsan y se aniquilan como los mas fugitivos meteoros, y la generacion siguiente rie de lo que habia admirado la generacion anterior. No hace doce años que el doctor alemán Gall asombró á la Europa con sus descubrimientos craneológicos. Despues de haber examinado millares de cráneos, este hombre singular creyó haber descubierto una constante correspondencia entre las inclinaciones dominantes del hombre y las protuberancias de su cráneo, en terminos que señaló treinta y tres de estas desigualdades, las que caracterizó con el nombre de la cualidad á que cada una de ellas estaba unida; como órgano de la benevolencia, de la esperanza, de la localidad &c. Como quiera que sea del mérito de este descubrimiento, y de sus consecuencias en el orden moral, lo cierto es que toda la Europa fixó su atencion en la nueva ciencia craneológica; infinidad de gentes aspiraron al honor de que el doctor examinase sus cabezas, y fué grande el número de los que dieron entera fe á sus decisiones. Nada de esto ha bastado para desarmar el rigor de los críticos; y en un exa-

men científico publicado modernísimamente en Escocia, se emplean cuantas razones pueden suministrar la fisiología, la osteología y la anatomía para pulverizar el gigantesco sistema de Gall. Los autores de aquel escrito aseguran que jamás se han observado las prominencias del cráneo acompañadas de alguna singularidad en el entendimiento ó en las inclinaciones: que son puras ficciones todas las observaciones en que se ha querido fundar el pretendido descubrimiento: que esta invencion es incompatible consigo misma, y por último que los escritos de Gall y sus discípulos no han añadido un solo hecho al conjunto de conocimientos que se poseían sobre las facultades del hombre; pudiendo inferirse de los enormes errores y estravagantes absurdos en que abunda el sistema, la ignorancia, la hipocresía y el empirismo de su autor. A pesar de esta salva de decisiones terminantes, los que no podemos penetrar en los misterios de la ciencia, y si solo calcular el mérito de las doctrinas por la autoridad y opinion de los que las abrazan, podremos oponer á los críticos de Edimburgo el respeto con que han oido la mayor parte de los médicos de Paris las lecciones del doctor. Es tambien cierto que los autores del célebre Diccionario de medicina; esto es, unos hombres de tanta reputacion como Alibert, Corvisart, Ytard, y otros no menos célebres, lo tienen por colaborador en su vastísimo trabajo; y por último concluiremos con citar el nombre de Humboldt, tan respetado por todos los que saben apreciar el mérito de los descubrimientos científicos. Esta infatigable viajero ha confirmado con observaciones propias las del doctor Gall, siendo muy notable el fenómeno que descubrió en el cráneo del Condor, ó Águila de los Andes. Esta ave de prodigiosa magnitud, cuyo vuelo es tan alto que casi siempre se pierde de la vista del hombre, tiene la misma protuberancia que el doctor ha llamado órgano de la elevacion, y que dice haber hallado en el cráneo de muchos ambiciosos.

HÉRCULES ENTRE LA VIRTUD Y EL VICIO.

Artículo remitido.

*Sometimes fair truth in fiction we disguise,
Sometimes present her naked to men's eyes.*

Las fábulas fueron las primeras producciones de ingenio que aparecieron en el mun-

* Ya disfrazamos la hermosa verdad con la ficcion, ya la presentamos desnuda á los ojos de los hombres.

do, y han sido no obstante aparecidas en sumo grado, no solo en los tiempos de la mayor sencillez, sino tambien en los siglos mas cultos de la humanidad. La de los árboles de Jotham es la mas antigua que existe, y tan hermosa que no cede en mérito á quantas se han hecho desde entonces. Después de esta la primera que llama nuestra atencion es la del pobre y su oveja de Natham; alegoría perfecta, y que hizo tan buen efecto que logró penetrar hasta el oído de un Rey sin ofenderle, y volver á un hombre al recto conocimiento de su delito y de su deber. Encontramos á Esopo en las edades mas remotas de la Grecia; y si echamos una ojeada sobre las primeras de la República Romana, veremos calmarse un alboroto de los plebeyos con la fábula del vientre y los miembros, la qual fué muy propia para ganar la atencion de un populacho irritado, en un tiempo en que tal vez hubiera hecho pedazos á cualquiera que le hubiera dicho lo mismo de un modo claro y directo. Como las fábulas tuvieron su origen en la infancia del saber, nunca florecieron mas que cuando este llegó á su mayor esplendor. Para justificar esta asercion traeré á la memoria de mi lector á Horacio, el mayor ingenio y el mejor crítico del siglo de Augusto, y á Boileau, el poeta mas corriente entre los modernos, sin mencionar á Lafontaine, que en este género de escritos ha logrado mas celebridad que ningun otro autor de nuestros tiempos.

10 Las fábulas de que he hablado están indistintamente sacadas de animales y vegetales, mezclando los hombres con ellos cuando la moral lo ha requerido. Pero ademas de éstas hay otras en las que los actores son las pasiones, las virtudes, los vicios y otros entes imaginarios de igual naturaleza. Algunos críticos antiguos quieren probar que la Iliada y la Odisea de Homero son fábulas de esta especie, y que muchos nombres dados á los Dioses y á los héroes no son mas que afecciones del alma, visiblemente disfrazadas y caracterizadas. Dicennos ademas que Aquiles, en el principio de la Iliada, representa la cólera ó la parte irascible de la naturaleza humana; que cuando embuía la espada contra su gefe en plena asamblea, Palas es solo otro nombre dado á la razón, la qual lo contiene, dándole oportunos consejos, y en la primera vez que se presenta, le toca la tubera, aquella parte del hombre mirada como la mansión del entendimiento; y así de lo restante del poema. En quanto á la Odisea pienso es evidente que Horacio la consi-

deraba como una de aquellas fábulas alegóricas, al ver la moral que nos ha presentado de muchas partes de ella. Si observamos los mejores escritores prosaicos de la antigüedad, como Ciceron, Platon, Xenofonte y otros muchos, hallaremos que este género fué su favorito. En él, añadiré por último, la primera alegoría que hizo un papel considerable fué la de Hércules conversando con el Placer y la Virtud, inventada por Pródico, anterior á Sócrates, y que vivió cuando empezaban á brillar los primeros rayos de la filosofía. A ella debió la favorable acogida que hallaba en los pueblos griegos, en cuyas plazas no dejaba de recitarla, apenas reonia al rededor gentes que le escuchasen. La fábula es como sigue.

Habiendo llegado Hércules á aquella edad en que era natural considerase qué carrera debería emprender, se retiró una tarde á un desierto, donde el silencio y la soledad del sitio favorecian mucho su meditacion. Cuando mas reflexiones hacia sobre su presente estado, y cuando mas perplejo estaba sobre cual elegiría, vió acercarse dos mugeres de estatura mas que regular. Una de ellas tenia un aire noble y un semblante gracioso. Su belleza natural y agradable, su persona respirando inocencia y pureza, sus ojos inclinados al suelo con grata reserva, sus movimientos y porte llenos de modestia, y su vestidura blanca como la nieve. La otra aparentaba en su rostro completa robustez y juventud florida, adquiridas ambas por medio de colores artificiosos, y procuraba parecer mas graciosa, mezclando la afectacion en todas sus acciones. Mostraba una admirable confianza y seguridad en sus miradas, y en su vestido toda la diversidad de colores que juzgó propios para realzar el de su semblante. Mirábase con placer, y despues volvía los ojos á los que estaban presentes por ver si les agradaba, repatando aun muchas veces hasta en la figura que hacia su propia sombra. Al acercarse mas á Hércules, adelantase con pres-teza á la otra matrona (que con gravedad se aproximaba); y corriendo hacia él, le saludó de este modo.

« Querido Hércules, veo te hallas indeci-
» so sobre el género de vida que deberás ele-
» gir; sé mi amigo, y sígueme: yo te condu-
» ciré á la posesion del placer, y fuera del
» impedio del dolor, y te apartaré del ruido
» e inquietud de los negocios. Ni la guerra
» ni la paz alterarán tu dulce calma. Tu úni-
» ca ocupacion será gozar una vida cómoda;
» y dar á cada sentido sus placeres correspon-
» dientes. Suntuosas mesas, lechos de rosas,

»nubes de perfumes, conciertos armoniosos,
»tropieles de bellezas, todos están prontos á
»recibirte. Ven conmigo á esta region de de-
»leyte, á este mundo de placer, y despíde-
»te para siempre de los cuidados, del dolor,
»y del trabajo. »

Oyendo Hércules hablar de este modo preguntó á la muger su nombre, á lo que respondió: «Mis amigos, y cuantos me conocen bien, me llaman *Felicidad*; pero mis enemigos, y los que quieren manchar mi reputacion, me han dado el nombre de *Placer*.»

Á este tiempo habia ya llegado la matrona que, dirigiéndose al jóven héroe, le habló de muy diversa manera.

«Hércules, le dice, yo me ofrezco á dirigirte porque sé que descienes de los Dioses; confirmando tan ilustre ascendencia tu amor á la virtud, y tu aplicacion á los estudios propios de tu edad. Esto me hace esperar que por tu medio adquiriremos ambos immortal renombre. Pero antes de invitarte á mi compañía y amistad, quiero ser franca y sincera contigo, enseñándote por verdad incontestable, que nada hay digno de estimacion que pueda lograrse sin penas y trabajo. Los Dioses han puesto precio á cada placer noble y verdadero. Si quieres ganar el favor de la Divinidad, has de tener el trabajo de tributarle culto: si la amistad de los hombres de bien, debes buscar los medios para grangearle su benevolencia: si deseas el aprecio de tu patria, debes procurar serle útil; en una palabra, si anhelas sobresalir ya en paz, ya en guerra, necesitas adquirir cuantas cualidades se requieren para conseguirlo. He aquí las únicas condiciones y términos en que te ofrezco la felicidad.» La *Diosa del Placer* interrumpe entonces su discurso: «Ya ves, Hércules, dice, por tu propia confesion, que el camino que lleva á la felicidad que te promete es largo y escabroso, cuando el que yo te propongo es breve y cómodo.» ¡Ah! exclama la *Virtud*, mostrando en su rostro vivamente retratados el desprecio y la compasion, «¿qué placeres son los que tú prometes? Comer antes de tener hambre, beber antes de tener sed; dormir antes de estar cansado, complacer apetitos antes que nazcan, y excitar otros contrarios á las miras de la naturaleza. Nunca resonó en tu oído la música mas deliciosa, que es la alabanza merecida; nunca halagó tus ojos el objeto mas bello, que es la obra de nuestras propias manos. Tus adoradores disipan su juventud en un letargo de engañosos placeres, mientras amontonan para la vejez angus-

»tias, penas y remordimientos.

«Pero yo soy el amigo de los Dioses y de los hombres de bien; compañero agradable al artesano; zelador doméstico de los padres de familia; patrono y protector de los sabios; amante de todos los verdaderos y generosos amigos. Los banquetes de los que oyen mis instrucciones jamas son de lujo, empero siempre deliciosos: ninguno come ni bebe en ellos sin que el hambre ó la sed le convida. Su dormir sano y tranquilo, su despertar alegre. Mis jóvenes tienen el placer de oirse alabar de los ancianos, y esto es el de ser honrados y respetados de aquellos. En fin, los que me siguen son favorecidos de los Dioses, amados de los que les acompañan, estimados de su país, y concluidos sus trabajos, honrados por la posteridad.»

Sabemos por la vida de héroe tan memorable que entregó su corazon á la Diosa de la virtud; y creo que cualquiera que lea esta fabula le hará la justicia de aprobar su eleccion.

ANÉCDOTAS.

Federico segundo destinó para las sesiones de la Academia de ciencias, un magnífico edificio, en cuyo piso bajo habia vastas y numerosas caballerizas. Los académicos le preguntaron qué inscripcion se habia de poner en la fachada, á lo que respondió el Rey: *Musis et mulis*, esto es, á las musas y á los mulos.

— Un Duque de Borgaña tenia un bufon en su palacio, cuya ocupacion era escribir en un gran libro todas las tonterias que se cometian en la Corte. El Duque le preguntó un dia si le habia dado puesto en sus apuntes. Si señor, le dixo el bufon, porque el otro dia concedió V. A. diez mil escudos á un napolitano para que le comprase yeguas en Dinamarca. — ¿Y si volyese el napolitano con las yeguas? — Entonces borraría el nombre de V. A. y pondria el suyo.

— Un charlatan ofreció en Londres meterse en una botella á vista del público. Este acudió en tropel; cuando estuvo la casa llena se presentó el tal, y dijo: señores, antes de meterme en una botella me ha sido preciso empezar por algo mas fácil, porque lo mas difícil nunca debe ser lo primero. En efecto voy haciendo progresos en el arte de reducirme á pequeño volumen; y ya he logrado meterme en un tonel; lo que estoy pronto á hacer para satisfaccion de los que tanto me favorecen.

Madrid. Imprenta de Repullés. 1817.